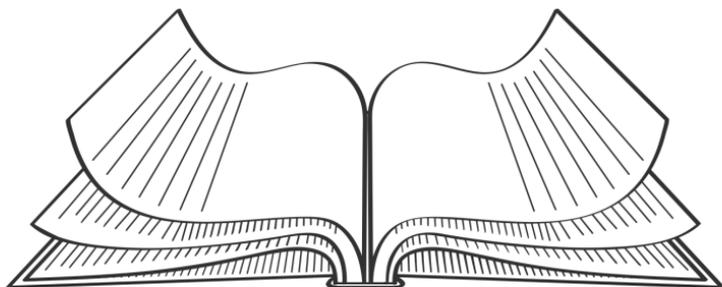


**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**

*Cuento*  
*Poesía*  
*Fotografía*

**JULIO - SEPTIEMBRE**  
2017





# PRETEXTOS LITERARIOS POR ESCRITO

[porescrito.org](http://porescrito.org)



# ÍNDICE

---

## HABLANDO POR ESCRITO

### RITMOS

Carta a un amigo.....	8
¿De qué habla la madre de un suicida cuando habla de amor? .....	10
Por desidia el autor ha decidido dejar este poema sin nombre .....	11
Inconfesable .....	12
Las enseñanzas de la pintura figurativa de un poeta irlandés .....	13

### FIRMAS

El primer día de Otoño .....	16
CECILIA DURÁN MENA	
Adiós, Haytary.....	18
CECILIA DURÁN MEN	
Mi dulce venganza .....	25
MARIA ELENA SÁRMIENTO	
Ella dice que no .....	28
ENRIQUE HÉCTOR GONZÁLEZ	

Viene hacia mi ..... 30  
ENRIQUE HÉCTOR GONZÁLEZ

El empirismo minado y su explosión poética ..... 32  
ANDREA FISCHER

Arena ..... 38  
ANDREA FISCHER

Cacería ..... 40  
RICARDO BERNAL

**IMAGINARIO** ..... 44

**VOCES**

El hombre feliz ..... 52

Violencia de Miércoles ..... 54

El único heredero ..... 55

La luz del literato ..... 58

Una patata en caja de tomates ..... 59

# HABLANDO POR ESCRITO

---

El debate sobre las formas de lectura despierta una inquietud: ¿será que el avance de la tecnología y las pantallas incida directamente en el retroceso del papel y las formas impresas? Las opiniones se dividen. Por un lado, están quienes creen que leer en pantalla no es lo mismo que hacerlo en formato digital, quienes prefieren tener contacto físico y disfrutar de la textura de las hojas, mientras que otros afirman que la comunión de las ideas se facilita gracias a la portabilidad de los aparatos electrónicos.

Es interesante imaginar qué sucederá en torno a la lectura. Algunos creen que el papel irá cediendo espacio a las pantallas. Mario Vargas Llosa, en el entorno de la Feria del Libro de Buenos Aires, opina: “No es igual leer en una pantalla o en papel. Es una literatura distinta. Los libros de papel exigen una participación intelectual del lector, a veces un enorme esfuerzo. La pantalla lleva al gran público y eso implica un menor esfuerzo intelectual. La pantalla tiende a exigir esa facilidad que reduce el esfuerzo...” (El País, 4 de mayo de 2017). No obstante, no todos están de acuerdo. Para Umberto Eco: “El libro es como la cuchara, el martillo, la rueda, las tijeras. Una vez se han inventado, no se puede hacer nada mejor. El libro ha superado la prueba del tiempo... Quizá evolucionen sus componentes, quizá sus páginas dejen de ser de papel, pero seguirá siendo lo que es.” (Eco U, Carrière J.C., 2010, Nadie acabará con los libros, Lumen).

La divergencia de opiniones nos lleva a reflexionar sobre la lectura en la era digital, sobre lo que significa leer en una cultura audiovisual. Ninguna experiencia es tan exitosa para formar una actitud crítica como la lectura, es por ello que debemos defenderla. La magia que nos lleva a transformar

las palabras en imágenes, en sensaciones y en sentimientos se enciende cuando el ojo entra en contacto con las letras dispuestas en los renglones que se acomodaron según la intención del autor. La lectura se convierte en un instrumento que activa la inteligencia y nos induce a dos experiencias esenciales: el entretenimiento y la reflexión. Es la comunión entre el goce y la introspección.

Todo tiene sus puntos y contrapuntos.

En la era digital, cada vez se publica más. Los medios electrónicos dan accesibilidad a los textos y lo que antes era imposible de conseguir, hoy se lee con facilidad. Si un libro no se encuentra en librerías, se puede descargar en forma de archivo. Gracias al Internet, hoy se lee más que nunca en la Historia. Se rompen las barreras que alejan y censuran. Hoy, la democratización de las letras es un hecho: no hay lectura prohibida y cualquiera puede hacer público su trabajo. Desde luego, no todo lo que se lee es fidedigno, veraz y de calidad. No todos los textos son exigentes con el lector. El control de calidad sobre la oferta es cuestionable.

Entonces, quienes prefieren la lectura en medios físicos se defienden diciendo que sólo lo que está impreso tiene seriedad. La materialización que dan las hojas de papel reta al lector y lo aterriza enriqueciendo la experiencia, haciéndola más cercana, más sensorial. El efecto de recorrer las manos por las cubiertas y de pasar las hojas con el dedo genera una relación activa entre el lector y su lectura, mientras que la pantalla arrebató la posibilidad de doblar la hoja, de subrayar con el lápiz de carboncillo y de dejar una huella personal con nuestra caligrafía.

Tal vez, esta discusión sea un tema de preferencias. Hay quienes toman notas en el aula usando una computadora, una tableta o incluso un teléfono celular. También hay los que prefieren hacerlo en forma tradicional, usando pluma y cuadernos. A los que les gusta más usar la tecnología dicen que prefieren la comodidad de un aparato en el que traen cuadernos

y libros integrados que andar cargando una mochila pesada por todos lados. Los que optan por los medios físicos dicen que escribir los ayuda a retener mejor ya que la pantalla les quita concentración. La distracción es el peor enemigo del lector. La falta de accesibilidad a los textos es el enemigo acérrimo del autor.

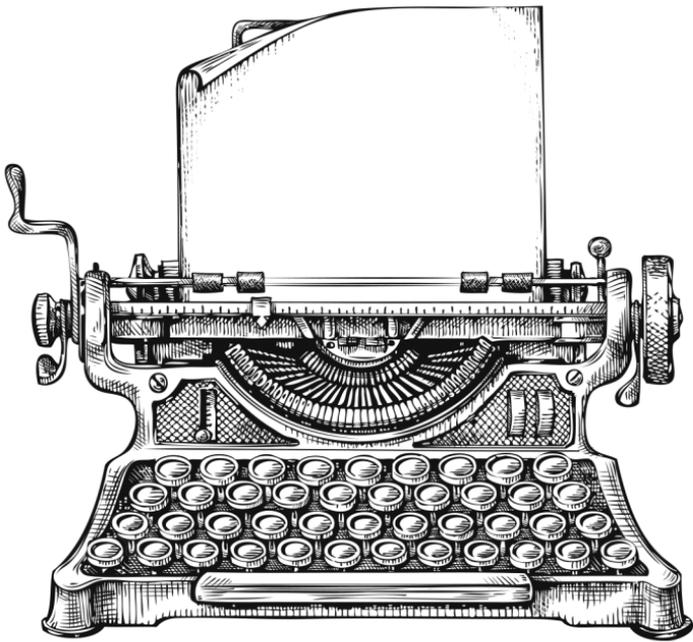
Por esta razón, esta revista tiene ambos formatos. Buscamos, en medio de esta revolución tecnológica, ofrecer al lector lo mejor de ambas posturas. Cerramos el círculo, reconciliando ambas posiciones. Lo importante es la lectura. Damos la batalla en todos los frentes posibles para evitar que leer se convierta en una actividad marginal de excéntricos. Sin la lectura, el mundo se empobrece.

Nuestro formato impreso en blanco y negro tiene una intención específica: busca dar al lector un medio de concentración que propicie el encuentro entre el que lee y el que escribió. El formato digital quiere facilitar el camino a los textos, quiere darle alas para que vuele a reunirse con sus lectores. Nuestra vocación es ser un medio de conexión.

Elevamos la pluma para ponernos en contacto con nuestros lectores. Mientras más sean, mejor. La forma en que accedan a los textos es lo de menos. Aquí, seguimos en el empeño de atrapar lectores para nunca dejarlos ir.

Con ustedes, el Número 8.

La Editora General



# CARTA A UN AMIGO

DE ALBERTO IBARROLLA OYÓN

*Réplica al poema La ciudad de C.P. Cavafis.*

Recuerdas la tormenta de silenciosos agravios,  
los jinetes embrujados que cabalgaban hasta la aurora,  
las desidias que enloquecían las amistades,  
y quieres cambiarlo, quieres mejorar el ayer.  
Pero las dudas pesan y lastiman tu conciencia,  
los temores y frustraciones influyen en tu mirada  
y tu alma habitada por recipientes quebrados  
se transforma en un dolor insano e intolerable.  
Las decepciones y los fracasos, indudablemente,  
ahuyentaron a los sensibles amigos de antaño,  
te hieren todavía en el corazón lacerado  
y no eres capaz de cerrar tus heridas solitarias.  
Las vanas palabras de mujeres extraviadas  
no se han ido aún de tu vida, ni se irán.  
En cualquier caso, pese a las sombras perversas  
que se proyectan sobre tu memoria,  
piensas en regresar coronado de laureles  
cuando la ciudad de los pecados que te sonrojan  
no alberga ya aquellos edificios depravados,  
no contiene las imágenes que te trastornaron,  
porque ya ni siquiera existe, no es.  
Al cesar en el errático peregrinaje  
que solicitaste entre aquellas rúas aborrecidas,  
desapareció aniquilada por espectros satánicos  
que aguardaban tu huida para silenciarla.  
Estás completamente solo, intensamente solo,  
la ciudad solo se hallaba en tu imaginación,  
y la sonrisa rencorosa en tu rostro desordenado  
no sirve para dotarla de realidad tangible.

Vives atormentado por un ayer que nadie recuerda.  
¡Despierta de esta muerte de pasados irrecuperables!  
La ciudad que añoras no te hablaba ni te amaba,  
a sus habitantes ya los conoces, y los abandonaste.  
Piensa en las bellas muchachas que te desean,  
en los gorriones que te ofrecen copas de un néctar  
que, soberbio, nunca habías deseado degustar.  
Tu juventud será el bálsamo de la tristeza y la desesperanza,  
la madurez será un lagar de luciérnagas serenas,  
y la senectud, cuando llegue, será buena para recordar,  
pero no esas viejas historias, no esos sentimientos vulgares,  
sino los hechos de una vida realizada, tu vida.



## ¿DE QUÉ HABLA LA MADRE DE UN SUICIDA CUANDO HABLA DE AMOR?

DE ALEJANDRO H. MONARRES

Si encontrarte en un sitio  
escoger yo podría sería  
en una fosa,  
la calle, sombría y caliente.  
Y quisiera verte siempre  
mártir,  
fuera culpas,  
me vendería por  
que murieras con las manos  
tranquilas,  
pasivas. Sin voluntad,  
acaso masacrada por fuerzas  
ajenas,  
como muere la juventud  
en el siglo de magia y  
milagros:  
aniquilada por lo ajeno, mártir.  
Consolaría el horror  
de verte hecha un péndulo  
y lavaría los estigmas  
de mi nombre.

# POR DESIDIA EL AUTOR HA DECIDIDO DEJAR ESTE POEMA SIN NOMBRE

DE ALEJANDRO H. MONARRES

Ahora escucho el llanto de dos amantes:  
Enséñame la calma,  
no me condenes a mi sombra,  
aléjame de mí,  
del aliento de mi espíritu corrupto.  
Tú, quien ahora vibras en los poemas,  
en las saetas ardientes heridas por una voz,  
en cada letra de un verso bello.

Encuentra su respuesta:  
Poeta, que tanto quieres encontrar  
ungido con ese nombre,  
¿verdaderamente crees que un verso  
podría mover una sola piedra,  
dominar las superficies?  
Si las ondas de tu voz  
son tus penas,  
mago de la tormenta,  
quédate lejos de mí,  
aleja tu llanto de mi pecho  
que sigo virgen de arena.

# INCONFESABLE

DE JUAN CARLOS PADILLA MONROY

No es por la luz de tus ojos,  
sino por la intensidad de su mirada.  
No es por la suavidad de tus manos,  
sino por la provocación de sus dedos.  
No es por el sabor de tus labios,  
sino por el escalofrío de sus besos.  
Quizá miento...  
quizá sólo siento el encuentro...  
Pero seguiré diciendo que son tus ojos  
tus manos,  
tus labios,  
tu cuerpo...  
porque confieso que es pecado lo que pienso.

# LAS ENSEÑANZAS DE LA PINTURA FIGURATIVA DE UN POETA IRLANDÉS

DE ERNESTO REYES

Nadie tiene más de tres o cuatro  
golpes de pincel por rostro  
nadie

Ni siquiera quien  
se ha esforzado por  
hablar con muecas como  
el ser más torbo,  
abandonar de una vez  
la letra  
su semántica de  
sombras

Recorridos todos los estudios de fotografía  
donde todavía hay retratos  
pintados con la luz de un corto instante  
óvalos rugosos rectángulos risibles  
alcanzados por la mancha segadora de Atenea

donde ahora viven algunos pares de ojos  
unas narices  
por encima de un atisbo de  
sonrisa  
resplandeciente bajo una capa  
casi imperceptible de  
efímero barniz:  
Nada más que la plata que sacrifica  
-más por fuerza que por gusto-

su brillo eterno y mineral  
a cambio de revelar otro  
más opaco y a todas luces animal:

la faz del ser  
que solo ha de aspirar  
a vivir en semejanza  
de un padre semi eterno

cuyo rostro no verá.

¡ANÚNCIATE POR ESCRITO!

ESTE  
PUEDE SER  
TU ESPACIO

Contáctanos:  
[contacto@porescrito.org](mailto:contacto@porescrito.org)

# EL PRIMER DÍA DE OTOÑO

DE CECILIA DURÁN

<p>1. Se fue el primer día de otoño.</p>		<p>3. Quise decirle tantas cosas, pero encendí el radio.</p>		<p>5. Me abrazó.</p>
	<p>2. Yo misma la llevé al aeropuerto</p>		<p>4. Ella miraba la ciudad desde la ventanilla del auto.</p>	

<p>6. Me dijo que me quería con todo el corazón, más que a su vida.</p>		<p>8. Te veo en vacaciones</p>	
	<p>7. Se bajó del auto con seguridad</p>		<p>9. Jamás volvió.</p>

# ADIÓS, HAYTARY

DE CECILIA DURÁN

Cada región, cada pueblo, cada barrio tiene mitos y leyendas que les dan identidad. Estos se forman por la verdad de los hechos y por la visión de quien cuenta las historias. El narrador, a veces exagerado, a veces romántico, le añade condimentos a la historia para imprimirle su sabor y, en ocasiones, estos aliños tienen un lugar de mayor protagonismo que la verdad. En ocasiones, la leyenda se importó de alguna región, se tropicalizó y se adaptó al lugar, si no, ¿cómo es posible que en cada playa en la que hay una roca enorme se repita la historia de la novia que se petrificó esperando al marinero? Ana, la que espera eternamente al Miguel, quien salió por la mañana en la barca a pescar para no volver, existe en muchos de los linderos del océano de todo el mundo. El mito de Penélope se repite con cada una de las esperas que nos entenece el corazón.

La calle de Laurel es muy singular y desde luego, también tiene sus leyendas. De hecho, tiene muchas. Casi me puedo aventurar a decir que cada casa alberga una historia. Algunas son alegres y vibrantes, como el clima de Acapulco. Están habitadas. Otras, las que han sido abandonadas y devoradas por la selva tropical que se niega a rendirse ante la urbanización del fraccionamiento, son tristes. También hay historias de policías y ladrones. Tampoco faltan las de terror. Tal como Dante hizo la alegoría del camino del Infierno al Cielo en la *Comedia*, los lugareños refieren a Laurel como la calle que tiene las mejores historias que simulan ese ascenso. De hecho, la calle comienza en Avenida de la Concha y sube hasta la Calle de Rompeolas, así que el escalar no es meramente metafórico. De Villa Haytary a Casa Arimatea hay una pendiente interesante.

Imaginar, sí.

Hurgar y fantasear lo que pasa ahí adentro.

Algunas son casas de descanso de familias que viven en otra ciudad y que llegan a Acapulco en busca de sol, alberca y vistas de mar. Otras son casas habitadas por personas que han convertido al puerto en su lugar de retiro, muchas las rentan los fines de semana para sufragar los gastos de mantenimiento del inmueble, otras se quedaron a medio construir o se están cayendo a pedazos y muchas están abandonadas. En los recorridos matinales que hago a pie por el fraccionamiento, me detengo a observar esas casas y me pregunto qué pasó con ellas.

Me intrigan las que no se terminaron de edificar: se ven los muros de ladrillo, con techos que no se lograron construir totalmente o que se desplomaron rendidos por el paso del tiempo. Las varillas emergen amenazantes de los castillos entre los restos de cemento. Imagino que no les alcanzó el dinero para seguir construyendo. Me atraen las que fueron abandonadas. Ejercen en mí una influencia magnética y siento que una corriente eléctrica me jala la mirada. Tienen las ventanas oxidadas, los vidrios rotos y las puertas podridas. Las enredaderas crecen libremente, los gatos entran a perseguir a las ardillas que hicieron ahí sus madrigueras y aunque los empleados del fraccionamiento limpian por fuera, por dentro la naturaleza recupera lo que el ser humano le quitó al edificar ahí una colonia de lujo.

No sé si lo que se cuenta de Villa Haytary es verdad o no. Cuando yo empecé a caminar por la calle de Laurel, la casa ya estaba así, y de eso hace casi quince años. La primera vez que la vi tenía sellos que le cruzaban la puerta, en ellos se leía ASEGURADA, con la contundencia que dan todas las letras en mayúscula y las siglas y el escudo de la Procuraduría General de la República. El letrero buscaba el mismo efecto que uno que dijera CUIDADO CON EL PERRO. Para mí representaba una invitación a curiosear.

Si el salitre del mar oxidó la herrería de la Villa Haytary, imaginen lo que sucedía con los sellos de papel. Como la gente de la Procuraduría no los repone muy seguido, los sellos se desintegran y en su lugar sólo quedan manchas de pegamento. Esa sombra es el único testigo de la prohibición explícita para traspasar el umbral, lo cual ha representado desde siempre, una tentación. ¿Qué habrá ahí adentro? Recuerdo que una mañana que caminaba por ahí con mis hijas, la puerta estaba abierta. La tensión magnética se extendía como tentáculos que nos alcanzaban. Era más que una invitación. Era una seducción.

Al empujar la puerta un silencio nos invadió. La sensación de vacío profundo de una casa que fue abandonada por sus habitantes se aumentaba con el sonido de nuestras pisadas. Escuchamos el zumbido que provenía de varios panales que las avispas habían construido en las esquinas de la sala. Las golondrinas aprovecharon los pedazos de pechos de paloma que aún no se habían caído para hacer decenas de nidos. El piso estaba manchado de guano de murciélagos. De los pasamanos, colgaban telas de araña que parecían tules de algodón. En las paredes descarapeladas se podía adivinar el color amarillo pálido de la pintura.

Un candelabro oxidado y con los focos rotos, la base de cantera rosa de una mesa con la cubierta de vidrio rota, unas cortinas deshilachadas y una cuerda manchada de tierra eran los restos sobrevivientes del menaje de casa de la Villa Haytary. Una pila de latas de cerveza, un montón de botellas rotas: unas de ron, otras de mezcal, otras de tequila me hicieron evidente que no éramos los únicos delincuentes que nos habíamos metido a este lugar prohibido. El zumbido de las avispas y la serie de sonidos graves y agudos de las yuyas y las chachalacas, el cuerpo rígido de una rata café y otra gris, el aroma a humedad y el olor a fruta podrida, la canción pegajosa de una alondra y la sensación

viscosa en las suelas de los zapatos es tan vívido que cada vez que lo recuerdo se me revuelve el estómago.

Un lugar prohibido que fue una casa. La estructura seguía conservando la distribución que le asignaba a cada espacio una función específica: las recamaras con vista al mar, la alberca con unos cuantos mosaicos venecianos, un aseadero con restos de madera de teca, una cocina con lo que fue un refrigerador de buena marca, totalmente oxidado y raído, un jardín con hierba que creció más de ochenta centímetros, un comedor amplísimo. Aún en esa condición se podía adivinar lo que fue ese lugar. Junto a la recamara principal, había un pequeño cuarto en el que encontramos una cuna de madera infestada de termitas.

Cuenta la leyenda que un poderoso narcotraficante se enamoró de una hermosa mujer de rasgos orientales que nació en Hiroshima. La conoció porque ella vino de intercambio a estudiar español a una academia de idiomas en Acapulco. Cuentan que ella estaba hechizada por la vista de la bahía de Santa Lucía y que pasaba horas y horas sentada en la playa admirando la bahía más grande del mundo. Le gustaba mirar profundo a la infinitad de las olas del mar. Dicen que el amor es necio y que a mayores rechazos mayores empecinamientos. Lo intrigaba. Era como si los doscientos años de aislamiento de los Shogunes estuvieran contenidos en esos ojos de almendra. Lo maravillaban esos movimientos de las manos con los que ella era capaz de modificar el clima y la delicadeza con la que cambiaba de postura y movía la atmosfera. Era como una puerta japonesa que le abría el corazón a sensaciones como juegos de luces que estallaban igual a los fuegos de pólvora. No se resignaba a la fugacidad de esa mirada. La quería tener siempre.

Al hombre le costó mucho trabajo enamorarla, él no buscaba en ella despertar miedo que le opacara la palidez de la piel, o respeto que le nublara el enigma en los ojos, mucho menos desagrado que le quitara el brillo de ese pelo tan negro y tan

lacio. A ella no quería usarla como objeto de placer. La quería a la buena. No quiso forzarla. Quiso atraerla a su corazón con la sutileza del viento, de la lluvia, de la luz de la tarde. La sedujo con paciencia.

La llenó de regalos, de mimos, la trajo por todo el país y nada. Era frágil, brevísima, muy delgada. También era dócil, lo seguía, lo acompañaba, pero dicen que ella seguía con la mirada puesta en el Oriente. Hasta que un día la trajo de nuevo a Acapulco y la llevó a la esquina de la calle de Laurel y Avenida la Concha. Entonces la mujer sonrió. El poderoso aprovechó la ventana de oportunidad que el destino y un buen corredor de bienes raíces le presentó, construyó una enorme mansión y le puso el nombre de su amada: Villa Haytary.

Ahí, en el nido de amor, dejó a su perla oriental y siguió con sus actividades. El espectáculo debía continuar y necesitaba atender el negocio. Viajaba mucho, pero con frecuencia, regresaba a los brazos de Haytary. El narcotraficante, atarantado por el amor, se descuidó, fue cada vez menos discreto, sus visitas más regulares y predecibles. Dicen que hay tres cosas que no se pueden disimular: el amor es la primera de ellas. La policía lo agarró con la facilidad con la que se atrapa a un gorrión. Adiós, Haytary.

Los que vivieron ahí al momento de la aprehensión dicen que llegó un pelotón innumerable de soldados. Había tanquetas en todas las entradas al fraccionamiento. Sitiaron la casa. Los helicópteros sobrevolaban el área. En las frecuencias radio de la vigilancia de la colonia se escuchaban los mensajes que informaban de las circunstancias de la situación. Con un altavoz, los militares se identificaron, gritaron el nombre del indiciado, expresaron la causa de la detención y giraron instrucciones muy claras y directas de lo que el hombre debía hacer. Le indicaron varias veces el motivo del arresto y le recitaron la cartilla de

derechos que le otorga la Constitución. De una patada, abrieron la puerta. Entraron por él. Lo esposaron.

Los vecinos vieron que lo sacaron con las manos hacia atrás, caminando por su propio pie y lo metieron en la parte de atrás de la patrulla. El comandante Carrasco, jefe de los guardias de la colonia, dice que al salir del fraccionamiento ya iba muerto. El oficio traía la orden de realizar el registro de control de detención y cateo de la casa. Le quieren echar la culpa a los militares, pero los que estaban ahí dicen no fueron ellos. Herminia, la muchacha de la casa de al lado, cuenta que ella fue testigo de que saquearon la casa, que destruyeron los muebles, que sacaron muchas cajas, pero que Haytary no salió de ahí jamás.

No sé qué tanto de esa historia sea verdad. Tal vez, como la esposa de Lot, Haytary se convirtió en estatua de sal. A lo mejor, como lo narra la canción del Puerto de San Blas, ella sea esa piedra que sigue viendo al mar. Quizás, Haytary sea como Penélope que sigue esperando a que regrese el Rey de Ítaca. Tal vez, simplemente se fue. Regresó a Japón a olvidar. A lo mejor, Haytary no existió y el nombre de la casa signifique otra cosa. Sabrá Dios. La imaginación puede correr mil caminos e inventar cien mil historias. La realidad es arbitraria.

Única.

No queda más que atestiguar que las cosas son como se ven. Ahí están los sellos. ¿Podrían haber sido de otra manera? Es difícil entender. No hay explicación ni designio ni intención ética ni moral ni teológica que me lleve a comprender la brutalidad de este proceso de destrucción. Las rutas alternas que pudieron diseñarse zumban con la intensidad de los panales de avispa que se construyeron ahí dentro. Al contemplarla, siento una tranquilidad similar a la que experimento en el sillón del dentista. ¿Cuál es el propósito de las cosas rotas?

Las casas abandonadas son un reflejo extraño y profundo de una realidad que persiste enredada en las telas de araña, oculta en los nidos de golondrina, evidente en el guano de murciélago, que susurra en el aroma a humedad y fruta podrida. Nos fuimos. ¿Por qué se fueron? Esa es la pregunta que me asalta. Donde hay una casa abandonada, pudo haber un hogar y ahora hay una propiedad que no merece si quiera ser vendida. Esa sí que es una triste historia. Pero la ignoramos.

Lo cierto es que la casa ha estado desatendida por más de quince años. Las puertas están apolilladas, las ventanas oxidadas, los vidrios rotos, las paredes despintadas. Lo único que florece es una palma esbelta, que nadie cuida, que crece y crece, y mira al Oriente. A su lado se lee el nombre de Haytary.

# MI DULCE VENGANZA

DE MARÍA ELENA SARMIENTO

En el velorio de mi papá cuento chistes, anécdotas divertidas, cualquier cosa para no sentir el dolor de la pérdida y de darme cuenta de que no es a mí a quien la gente le da las condolencias. Las pocas amigas que me acompañan se ríen conmigo, festejan lo que digo.

Del otro lado de la pared, a mis espaldas, el sacerdote oficia, rodeado de los deudos importantes, la misa de cuerpo presente. Le ofenden nuestros ruidos. Detiene su sermón en seco. Se da la vuelta y llega hasta donde yo estoy para recriminarme. Quiero responderle, platicarle acerca de la mujer con cara de abnegada que él conoce como la religiosísima viuda de mi papá para que entienda por qué puedo odiar a esa viejita que se la pasa rezando. Me gustaría contarle que, con esa cara de sufrimiento perpetuo, conquistó a mi padre hace muchos años porque él creyó que podría ser el salvador que la rescatara de sus angustias. Mi madre sospechó el engaño de su marido y contrató a un investigador privado que le presentó la evidencia del adulterio. Cuando yo tenía seis años, mi padre abandonó esposa y tres hijos por proteger la reputación de la pobre mujer cuya respetabilidad había quedado manchada tras las acusaciones.

Necesito contarle al sacerdote que a la señora le molestaba que mi papá nos dedicara tiempo y dinero. Por eso nos veía poco durante los años de infancia: a escondidas, un rato cuando podía sin que ella se diera cuenta. Ya de adultos, nos llamaba a cada uno, por turnos, dos minutos al día. Él ya no escuchaba, pero preguntaba si estábamos bien y se quedaba tranquilo con cualquier respuesta.

Un día, hace poco, mi padre me llamó para despedirse. Siempre era cariñoso conmigo, pero el tono que utilizó esa

vez me hizo sospechar que se estaba muriendo. Por más que quise enterarme de cómo estaba, él entendió que yo ya había terminado de hablar y colgó. De inmediato, le llamé a uno de mis hermanos, al único que soportaba telefonar a casa de papá aunque le contestara su *bruja*.

Era verdad lo que yo había sospechado. Después de colgar conmigo, a mi padre le había dado un aneurisma. Estaba tirado en el piso de su sala, intentando levantarse mientras Desgraciela respondía el teléfono, pasaba el trapo para sacudir el polvo y acomodaba los libros de catecismo en el anaquel correspondiente.

Mi hermano y yo nos lanzamos por él mientras mi otro hermano le llamaba a la ambulancia. Todavía intenté darle a esa mujer el lugar de esposa de mi padre cuando sugerí que fuera ella quien lo acompañara en el vehículo al hospital. Yo no tenía idea de los trastornos médicos que él había tenido en su vida y ella podía ser de más ayuda a los paramédicos. Con su gesto de sufrimiento acostumbrado, ella se negó porque, según dijo, todavía tenía que lavar los platos.

A los pocos días, mi padre falleció y yo le pregunté a su viuda qué quería hacer con el cuerpo.

—Lo que tú digas —me respondió. Eso significaba: lo que ustedes quieran pagar porque yo no voy a gastar ni un peso.

—Lo vamos a cremar y a meter sus restos a la misma cripta en donde están los de mi mamá —amenacé, más por herirla que porque fuera cierto. Yo no sería capaz de hacerle eso a mi progenitora.

Desgraciela se volteó a ver a una enfermera y le susurró lo suficientemente fuerte para que yo pudiera escucharla:

—El espíritu de José Luis se va a levantar de la urna para escupir las cenizas de esa mugre vieja.

Yo quise lanzármele a los golpes. Ella había disfrutado

la presencia de mi padre toda la vida, mientras a mí me lo había dejado sólo por momentos. No podía permitir que, además, insultara a mi mamá. Por lo menos quería zarandearla un poco, pero mi hermano me lo impidió:

—¿Cómo vas a golpear a una anciana?

Él tenía razón, por supuesto. ¿Qué se puede hacer en un caso así? Me quedé inmóvil. Ni siquiera al día siguiente me atreví a comentarle nada al sacerdote en el velorio. También tenía razón de hacerme callar durante la misa. Guardé silencio.

He estado pensando qué puedo hacer y lo único que se me ocurre es darle su merecido en un cuento; necesito idear la peor de las venganzas y sólo se me ocurre matarla, pero una muerte no es suficiente, quiero más que eso. Por eso necesito tu auxilio.

Querido lector: te pido que me ayudes a pensar qué muerte merece una mujer así. De seguro tú conoces a alguien parecido y se te han ocurrido algunas ideas. Al fin que en la literatura nos podemos dar vuelo sin que les pase nada en la vida real. Después de todo, tres mil cabezas (ése es el número de ejemplares que se imprimen de esta revista) piensan más que una.

# ELLA DICE QUE NO

DE ENRIQUE HÉCTOR GONZÁLEZ

Ella dice que no con la mirada  
(pero en serio qué nalgas, qué negrura  
promete su orificio crisantemo).  
Ella dice que sí —después despierta.

Ella sabe que soy ciempiés oblicuo  
del sudor que la intriga espalda abajo:  
ella sabe que nada y nudo y nadie  
y noche y universo son palabras  
que se abren a un montón de profecías.

Ella ensaya a decirme por lo bajo:  
adelante, no dudes, es tu turno;  
porque el celo con que se ajusta el traje  
cada vez que la miro entre las tetas  
ensaya a repetirme por lo bajo...  
adelante, si te abres, qué pendejo.

Ella piensa que nadie la merece:  
mientras tanto me asusta y me seduce;  
yo no sé si seguir sembrando salmos  
en su altar de ternuras tergiversas  
(¿y si el verso es versión de un anatema,  
equivocada vocación de buque?)  
o asumir que eso es todo e ir por la otra.

Ella es una luciérnaga insondable,  
yo miro de soslayo su mellada

fijeza que no afloja: fulminante  
fusión de fe y soberbia. Dice sí  
cuando en sueños asalto su entrepierna,  
pero no si naufrago entre sus labios.  
Y de tanto no-sí sé que es mi sino  
descifrar cada frase de este enigma.



# VIENE HACIA MÍ

DE ENRIQUE HÉCTOR GONZÁLEZ

Pensé que iba a escribir algo. Era la idea. Pero el vacío se apodera de mí, el vacío y el aburrimiento. No tengo ganas de pensar, todo lo que veo es una bolsa, tres botellas y un centenar o casi de personas sentadas en sillas que rodean las numerosas mesas de un bar. Porque esto es un bar, el lugar más previsible. La gente se reúne a tomar, a contar desangeladas e inocuas anécdotas, a decir más o menos lo mismo de siempre, a reír de más, a fingir de más, a escuchar de menos. A percibir lo que no existe, a imaginar historias suntuosas que nada tienen que ver con ellos.

En eso, bajo la mesa vecina, un pie se zafa de su prisión (no completamente, solo la parte de atrás) y se pone a juguetear, con los dedos sosteniendo la punta del zapato y el resto del calzado colgando, húmedo, alejado del arco y la planta y el talón. Es un pie común, por lo demás, con una vena central algo gruesa que atraviesa el empeine, con el olor dislocado de esas extremidades que han pasado su vida entre cosméticos lubricantes y el encierro paranoico al que somete la gente de vocación calzada a sus pies, a menudo.

El zapato está a punto de caer, sostenido apenas por los dedos que se engarflan para mantenerlo pendiente. Pero el pie se balancea con la conversación, con esa rítmica distracción que nos hace descuidarnos de los movimientos desapacibles del cuerpo. Aun así, los dedos conservan el control y el zapato no cae.

Como ocurre en estos casos, el pie eventualmente vuelve a buscar su cárcel, se acomoda dentro de la horma y la pierna se encarga de apoyarlo sobre el suelo, solo para que luego de un minuto o cinco, de un instante o dos, la mujer vuelva a las andadas, todo sin darse cuenta o casi, todo como acompasando nerviosamente las costuras de una conversación tenaz e inútil, de

seguro: zafa de nuevo el talón del pie y enarca los dedos para que sostengan el zapato colgante. Esta segunda vez lo veo con cierta devoción: se trata de un ejemplar de tacón alto, no mucho, beige de color, vulgar de consistencia. Una tirilla de vinil sirve para agarrarlo por atrás, pero esta se nota decaída, un tanto aplastada, incapaz de sujetar talón alguno.

Los gestos hablan, las manos gesticulan, las bocas se abren como cavernas y dejan entrar grandes cantidades de aire mientras ríen a destajo, se carcajean por sombras de recuerdos mentirosos, carcamanes, viejos e ilegibles pero renovados por el alcohol, que comunica al ánimo el contento de la embriaguez, como casi lo diría Alfonso Reyes. Y sin embargo el pie, allá abajo, oculto por la mesa, abandonado entre sillas desolladas y piernas que permanecen tensas o dobladas por lapsos cada vez más cortos, sigue luchando por equilibrar al zapato mientras su dueña maquilla palabras que destroza entre risas exageradas sin ningún pudor, consciente solo a ratos del esfuerzo de sus dedos por mantener colgante la zapatilla, perdida sin remedio y para siempre en la vorágine de una charla llena de vasos desamparados y limones y palillos que pestañean de sueño, demacrados e indóciles como la memoria de las cosas.

De pronto ella se vuelve, me mira, se incomoda. De algún modo sabe que he escrito todo esto, por más que guarde velozmente la servilleta y acomode mi pluma en el bolsillo de la camisa.

Se levanta de la mesa.

Viene hacia mí.

# EL EMPIRISMO MINADO Y SU EXPLOSIÓN POÉTICA

DE ANDREA FISCHER

## *Prefacio mínimo*

Intenté buscar un símbolo para ‘nada’. No lo encontré: he ahí su afirmación semiótica.

### *I*

#### *La pérdida de la razón a partir de argumentos lógicos*

Las consideraciones de Albert Camus en El mito de Sísifo se desprenden del acontecer racional con el que la Filosofía había dotado al hombre desde su comienzo. Se deshace de la facultad racional del hombre, pues invariablemente lo lleva a una tendencia infinita que realmente no comprende, que lo frustra y que lo hace consciente de su finitud, su inmediatez y de su existencia —tan mínima, tan despreciable, tan irracional. Es entonces que se percata de la sensibilidad absurda que impera en su realidad, y que le es manifiesta al ser humano en el momento en el que su vida carece de sentido: una cuestión, según dice, que implica una negativa a las preguntas fundamentales de la filosofía; una situación unívoca, pero no necesaria; una condición preponderante del siglo XX. Tiempo de confusión, tiempo de zozobra, tiempo de luces encendidas que no alumbran: tiempo en el que el suicido se convierte en una consecuencia palpable del pensamiento:

“No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicido. Juzgar si la vida vale o no vale la pena de vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía. Las demás, si el mundo tiene tres dimensiones,

si el espíritu tiene nueve o doce categorías, vienen a continuación. Se trata de juegos; primeramente, hay que responder.” (Camus, 4)

No es casualidad que inmediatamente después se remita a Nietzsche: para que un filósofo sea estimable, debe predicar con el ejemplo. Sin embargo, Camus no toma esto en el sentido literal: el Sísifo no es una carta de suicidio, sino una apología de la condición humana desde la existencia irracional. Camus decide alejarse de las pruebas tangibles del mundo, partiendo de la base de que el mundo no existe para nosotros sino a través de nuestra propia experiencia. Cualquier intento de empirismo es fallido, dado que en el método mismo está la respuesta que se pretende encontrar: en cambio, usa el pensamiento individual como factor predecesor a la decisión última, que se reduce a un sí o a un no.

En esta misma línea, Camus piensa que el acto consciente de pensar sirve como hilo conductor para cruzar una tierra sembrada de bombas: “Comenzar a pensar es comenzar a estar minado,” dice él. Un leitmotif. Un sentido. Un sembradío a caminar con los pies descalzos, con la consciencia suspendida de que, justo debajo del impacto suave de las huellas que se deja al pasar, existe una explosión en potencia. En el desarrollo de *este espíritu del sueño necesario a la vida*, se encuentra con una inflexión ineludible: Camus se encuentra con el absurdo.

“Un mundo que se puede explicar incluso con malas razones es un mundo familiar. Pero, por el contrario, en un universo privado repentinamente de ilusiones y de luces, el hombre se siente extraño. Es un exilio sin recurso, pues está privado de los recuerdos de una patria perdida o de la esperanza de una tierra prometida. Tal divorcio entre el hombre y su vida, entre el actor y su decorado, es propiamente el sentido del absurdo. Como todos los hombres sanos han pensado en su propio suicidio, se

podrá reconocer, sin más explicaciones, que hay un vínculo directo entre este sentimiento y la aspiración a la nada.” (Camus, 6).

Cuando Camus divorcia la Realidad del Entendimiento lo hace con un sustento puramente lógico: no se trata de negar la existencia de todas las cosas —que implicaría negar el pensamiento, y la existencia misma del ente pensante—, sino de entender el acontecer universal desde la experiencia personal, reducida únicamente a la experiencia del individuo que existe. Es por esto que salta a la conclusión de que todos los hombres sanos han pensado en el no absoluto, que es un sí a la experiencia universal que nadie ha podido experimentar, que es la muerte. Camus habla del concepto de la muerte como incognoscible en sí mismo, pues nadie ha podido experimentarlo: se conduce más bien por el lado de la muerte ajena, y de la tendencia absurda que estas consideraciones tienen, pues se niega lo propio a partir de la negación de la experiencia de los demás —que, por cierto, ya no son.

Camus decide perder sentido en la razón, dado que la experiencia individual no permite conocer la verdad del mundo que acontece fuera del ser pensante —que es, además, la única que conoce, y la que se supone que es común para todo el resto del exterior. Resuelve entonces que el suicidio es la solución del absurdo, pues después de la muerte no existe nada: ni siquiera el absurdo. Con el último aliento se desencadena la nada absoluta, y el ser es finalmente libre de las cadenas pensadas de su condición absurda. Camus encuentra la síntesis de la lógica y el sinsentido en el absurdo, del que el ser humano no puede escapar, a menos de que termine con su propia existencia: encuentra, pues, el absurdo a partir de un camino lógico, que realmente lo lleva a la nada. Tal vez así se alcance a entender algo mejor el discurrir filosófico del existencialismo.

## II

### *Actos comparativos e intentos de Verdad*

En el entendido de que para Camus la razón no tiene sentido — pues se contradice a sí misma en la síntesis de sus posibilidades —, decide extender su crítica al proceso argumentativo de la Ciencia. Antes de eso, plantea el carácter irreductible del tiempo, que adormece la experiencia humana, y que, sin embargo, dota de esperanza al ser sensible, que mantiene su condición elevada a algo que extralimita la razón y sus posibilidades materiales:

“(…) durante todos los días de una vida sin brillo, el tiempo nos lleva. Pero siempre llega un momento en el que hay que llevarlo. Vivimos del porvenir: ‘mañana’, ‘más tarde’, ‘cuando tenga una posición’, ‘con los años comprenderás’. Estas inconsecuencias son admirables, pues, al fin y al cabo, se trata de morir. (...) Pero al mismo tiempo, se sitúa con relación al tiempo. Ocupa en él su lugar. Reconoce que se halla en cierto momento de una curva que confiesa tener que recorrer. Pertenece al tiempo, y a través del horror que se apodera de él reconoce en aquel a su peor enemigo. El mañana, anhelaba el mañana, cuando todavía podía rechazarlo. Esta rebelión de la carne es lo absurdo.” (Camus, 9).

El tiempo es fundamental para entender la falla que Camus encuentra en el desarrollo científico, y particularmente, en sus conclusiones, que siempre pretenden ser ciertas, inmortales, indivisibles —que pretenden ser Verdad. Dice que el hombre comprende cuando reduce lo que ve a lo meramente humano. El conocimiento para Camus es un simple acto de comparación. Es entonces que piensa en el ser pensante como un apátrida de su condición pseudo-original, autoimpuesta: aquella de ser racional. De aquí se desprende la nostalgia fundamental del raciocinio:

no existe un ser que realmente comprenda, pues solamente está experimentando, sintiendo. Es una nostalgia que resulta de frustración ante la acción fallida; de dolor ante la impotencia:

“Mientras el espíritu calla en el mundo inmóvil de sus esperanzas, todo se refleja y se ordena en la unidad de su nostalgia. Pero apenas hace su primer movimiento, ese mundo se agrieta y se derrumba: una infinidad de trozos que lo reflejan se ofrece al conocimiento.” (Camus, 11).

Queda claro que para Camus el conocimiento es construcción, y no aprehensión. Y es de esta premisa que se desprende un argumento aún más extraño, que trastoca la concepción original —o tal vez, positivista— que tenemos en la actualidad de Ciencia. Es una propuesta que perturba, que hace ruido, que incomoda, pero que al fin y al cabo, apela más a la condición humana, y a su carácter absurdamente constante, inequívoco y fundamental: el patetismo de la negación del conocimiento.

### III

#### *El discurrir científico y su desenlace poético*

Camus no propone sin haber antes reconocido —sarcásticamente— los logros que le ofrece la comunidad histórica. Y lo hace así para meterles un puntapié en sus bases más sólidas. Es por esto que reconoce el legado de Descartes, la importancia fundamental de Hegel para el pensamiento moderno, y el grave sinsentido que estas corrientes han suscitado en la esencia real del conocimiento por definición. Camus dice que el discurrir científico —tan apegado a la duda metódica, a la comprobación, al deseo de un resultado que ya se tiene desde el comienzo— no lanza más que imágenes, que son meramente instrumentos del campo poético:

“En último término, me enseñáis que este universo prestigioso y abigarrado se reduce al átomo y que el átomo mismo se reduce al electrón. Todo esto está bien y espero que continuéis. Pero me habláis de un invisible sistema planetario en el que los electrones gravitan alrededor de un núcleo. Me explicáis este mundo con una imagen. Reconozco entonces que habéis ido a parar a la poesía: no conoceré nunca. (...) Así, esta ciencia que debía de enseñármelo todo termina en la hipótesis, esta lucidez naufraga en la metáfora, esta incertidumbre se resuelve en obra de arte.” (Camus, 14)

El campo minado del pensamiento, entonces, explota en su síntesis absoluta: la poesía. Un desenlace necesario para el hombre, intrínsecamente creativo, inherentemente un instrumento de la Poesía. Un aura poética habrá de siempre rodear a Camus, que desprecia al racionalismo con el que se define al hombre, para proponer finalmente un cauce diferente: aquel que apela a sus cualidades más primigenias, más sutiles, más esenciales. Somos frascos de esencia que esperan ser llenados por el soplo clandestino de la Poesía, y nada más.

## Referencias

Camus, Albert. (1951). *El mito de Sísifo*. París: Éditions Gallimard. Pp.: 4, 6, 9, 14.

# ARENA

DE ANDREA FISCHER

Ya no te derrumbes  
en la playa,  
mujer de arena.  
El mar está cansado  
de lavar la costa  
de tus sombras:  
el tiempo se va  
y tu presencia se prolonga.

Ya no le llores a las olas:  
que son nada más  
los suspiros del viento.  
Ése que te revuelve aún  
el cabello,  
y que te hace más suya  
cuando te desvaneces en la noche.

Pero no te derrumbes más:  
ya nadie escucha tu estrépito.  
Se les ha vuelto tan común  
que no saben más de silencio.  
Tantas lágrimas vertieron  
que ya no saben lo que es llorar.

¿Qué va a ser de ti  
cuando las palmeras  
se caigan  
y la marea se detenga?

Los peces no oyen  
y las piedras están huecas.

No te derrumbes más,  
mujer de las olas.  
Mejor desintégtrate una última vez.  
El mar no ha detenido  
su marea  
y la costa no se ha cansado  
de exhalar  
todavía.



# CACERÍA

DE RICARDO BERNAL

## LA ISLA

El sudoroso cazador va tropezando con las piedras, se detiene, toma aliento, sigue andando. Arriba, entre las ramas de secoyas milenarias y palmeras azules, la aureola boreal es una monstruosa acuarela salpicada de tintas violetas. El cazador llega a una bifurcación, sin pensarlo dos veces continúa por la vereda que sube, recuerda las palabras del viejo moribundo: cuando llegues a la isla busca el centro, la casona está arriba, en un claro, nunca dejes de subir. A lo lejos se escucha el rumor del tiempo que pasa; más cerca, cantar de sapos, chicharras, vocecitas de animales pequeños y angustiados. El cazador se llama Equis, se ve muy viejo para sus cuarenta años, su cara es una telaraña y sus ojos de topo saben mirar por detrás de las cosas: es especialista en armas blancas, ballestas, cuerdas y mapas, dardos. Usa un vapuleado sombrero, jorongo, y en sus botas se acumula el lodo de tres continentes. El cazador llega a una loma calva: en la punta se alza la casona como una verruga de donde brotan dedos que son torres que son cohetes erectos listos para despegar y abandonar esta tierra. El cazador voltea hacia arriba, la luna es una ventana que permite mirar las cosas extrañas que suceden más allá del firmamento.

## LABERINTOS

La casona es un laberinto: cada galería, cada puerta, cada lóbrego corredor fueron planeados para que quien consiga entrar, sienta de inmediato la urgencia de salir y alejarse de ahí para siempre. Aquellos pocos que a lo largo de los años han logrado encontrar la salida, creyeron que el acertijo había sido resuelto, que al escapar vivos habían derrotado al misterioso arquitecto inventor de la trampa. Pero en realidad el laberinto superior es una máscara,

su objetivo es ocultar el otro laberinto: el subterráneo, de pocos pasillos y pocas puertas, pero del que nadie escapó jamás. En el corazón de este segundo laberinto, una pequeña trampa oculta debajo de un tapete da paso a un sótano de aguas fermentadas y celdas roídas por la sal. En una de las celdas, alguien habla.

## LA VOZ

Mi celda es enorme y no recuerdo cómo es la luna. Devoro lo que encuentro: golosas sanguijuelas infladas que al reventar entre los dientes saben a mi propia sangre; ratas esqueléticas y ciegas que chillan como almas en pena; avispas de ultratumba; piedras reblandecidas por el moho... De vez en cuando, algún ciempiés gigantesco, brillante intestino que sólo muere cuando mis jugos gástricos lo ahogan. Yo puedo ver en la oscuridad: si enfoco los ojos, un rumor verde hace vibrar los muros y en las celdas vecinas los huesos resplandecen como sonrisas del infierno. Conozco lo que hay detrás de cada puerta, aunque la puerta gastada que está al final del último pasillo sólo la he cruzado una vez... Nunca olvidaré lo que vi: las cuatro paredes de aquella habitación estaban llenas de máscaras. Fuera del espacio ocupado por la puerta todo era máscaras tapizando cada centímetro de los muros; máscaras pequeñas y viscosas como fetos fosforescentes que duermen desde el inicio del tiempo. Y en lo alto, una imagen divina: la enorme máscara solar con mi rostro y mis cuernos, con mis barbas chorreantes de sangre, con mis ojos saltones que pueden ver en la oscuridad. Desde entonces, cada noche sueño con esa habitación donde sé que se esconde un secreto. Una vez, las voces del sueño me revelaron que detrás de cada máscara hay un rostro de carne y hueso.

## EL CAZADOR

El cazador desenreda la cuerda que lo guía por los últimos pasillos del laberinto: viejo truco griego que lo hace saber qué pisos pisaron

ya sus pasos, qué nuevas galerías son auténticas dentro de las que se repiten danzarinas dentro de los innúmeros espejos. Ya nadó en el Tanque de las Pesadillas: en sus profundidades yacen ahora las mantarrayas-hongo destripadas por su cuchillo; ya recorrió la Cámara de los Ecos, donde invisibles guijarros colibríes le perforaron los brazos y los muslos; ya trepó por cadenas oxidadas y cruzó los ruidosos Puentes de Cobalto; ya sobrevivió al Salón de Música, donde decenas de tarántulas pianistas interrumpieron un concierto de siglos y saltaron a su rostro para sacarle los ojos, para romperle la tráquea... El cazador yace en un rincón del laberinto, tiene mucho frío y en sus ojos soñolientos se amontonan las dulces arenas del cansancio. Necesita dormir. Dormir a medias como sabe hacerlo, con los sentidos atentos a cualquier amenaza, como cuando estaba en la maleza y los ruidos eran alas y eran oscuras bestias puntiagudas. El cazador se quita las botas pestilentes, sus pies de mamut están negros y congelados. Jala un tapete roído para cobijarse y deja al descubierto la pequeña trampa sin candados ni cerrojos. Un golpe de adrenalina le quita el sueño y le aguza los ímpetus: es el instinto de quien sabe que su presa está a unos cuantos minutos de distancia.

## LA MÁSCARA

La máscara solar es la madre de todas las máscaras. Dicen que fue robada del Hades por el misterioso constructor de los laberintos quien de inmediato huyó a la isla secreta que no aparece en ningún mapa. La máscara, de tonos amarillos y rojos, lanza un resplandor naranja que iluminan la soledad de las otras diez mil máscaras, las pequeñísimas e insignificantes: querubines deformes que aguardan en silencio a que el silencio se rompa. La máscara solar está congelada en un rictus mesiánico de quijadas feroces y músculos tensos; las barbas chorreantes y sanguinolentas se extienden hacia abajo como los tentáculos de una medusa y luego se pierden en

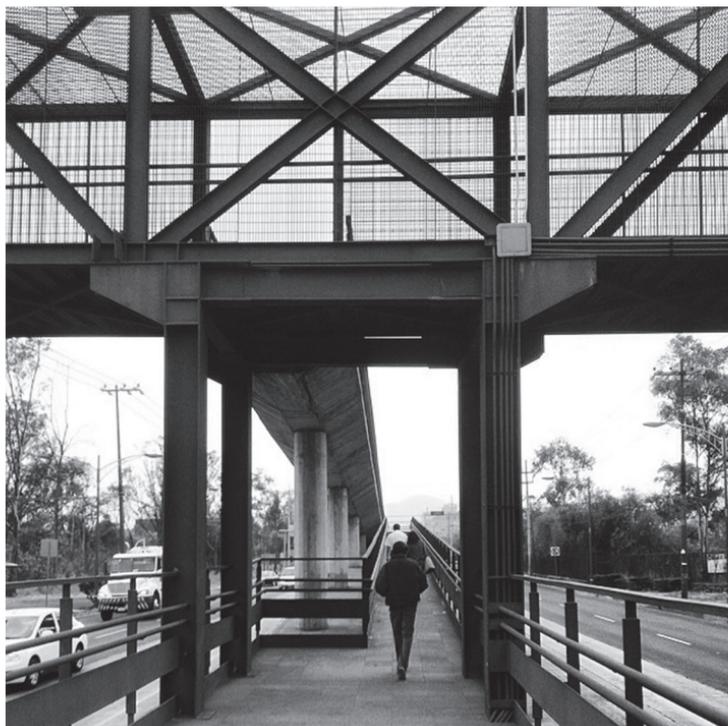
las oscuridades del cuarto. Arriba, coronándola, los dos cuernos se esfuerzan por contradecirse en torsiones marfilinas para luego juntar las afiladísimas puntas en un beso núbil. Pero si hay algo que distingue a esta máscara, son los ojos: dos ojos a borbotones que cruzan los orificios de calavera y penetran hipnotizantes en el alma de todo aquello que miran...

#### LA TORMENTA

Cae la tormenta: las paredes de la casona se desgajan hacia los charcos, se desmoronan en lodos mórbidos y burbujeantes que recuerdan olvidadas eras geológicas de trilobites morados y cielos color turquesa. Los dos laberintos se funden en una sola cosa, pegoste de alquitrán, pegoste de moléculas machacadas por el odio.

#### EL CAZADOR

Cuando gritan los primeros pelícanos, la isla es una bruma: el océano que la ciñe devora playas y malezas conforme avanza el amanecer. En la última playa, las máscaras pequeñas forman un círculo perfecto: pero están muertas, ya no brillan, ya los rostros que ocultaban se han desvanecido entre las arenas insaciables. En medio del círculo yace el cadáver del cazador: nadie le cerró los ojos azorados que ahora brillan detrás de la enorme máscara solar de cuernos retorcidos y barbas desparramadas entre charcos de sangre negra. A lo lejos, en el horizonte, se aleja un barco tripulado por nadie: en uno de sus camarotes, alguien habla...



INSURGENTES, CIUDAD UNIVERSITARIA

Fabián Cuéllar



REFLEJO DEL CASTILLO DE CHAPULTEPEC  
Fabián Cuéllar



REFUGIO EN LAS ESTRELLAS

Alejandro Varela



ROSTRO DE MUJER  
Diana Lazos



CANASTA DE TEMPORADA

Pilar Ruíz



SESC POMPEIA, SAO PAULO  
Fabián Cuéllar



TEATRO JUÁREZ, GUANAJUATO  
Fabián Cuéllar

# INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES

## **TALLER DE LECTURA**

Pon en marcha tu capacidad de comprensión y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

## **TALLER DE ESCRITURA CREATIVA**

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

## **TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA**

Aborda las diferentes corrientes y conoce los elementos estéticos que te ayudarán a apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:  
[info@porescrito.org](mailto:info@porescrito.org)

# EL HOMBRE FELIZ

DE VIRGINIA MEADE

---

Lo despierta la urgencia de ir al baño; después de atender sus necesidades mira el reloj que está junto al lavabo. 6:45 A.M., quince minutos antes de la hora en la que a él le gusta iniciar el día; con irritación regresa a la cama, pero ya no puede conciliar el sueño. Él se voltea sobre el colchón un par de veces. Es inútil. De mala gana se levanta y empieza a arreglarse. Mira el espejo y su reflejo le devuelve la imagen de los labios fruncidos bajo el bigote. Se lava la cara y los dientes. El agua está helada, aunque él tiene calor. ¿Quién entiende al tiempo?

Entra a la cocina, el olor es insoportable, la ventana se quedó entreabierta y el piloto de la estufa se apagó en algún momento de la noche. El tufo a gas lo marea. Abre la puerta que da hacia el patio, maldiciendo.

Cerca de las 9 de la mañana, llegará el señor que recoge la basura, así que la prepara; quiere que en una sola bolsa quepa todo. El ruido del teléfono lo distrae. Cuando se dirige a contestar, la bolsa se cae y parte del contenido se riega sobre el suelo. Con un demonio. La pateo con rabia. El teléfono se calla.

Recoge el tiradero y lo ata con doble nudo. Decide que quiere desayunar, el frutero rebosa de guayabas, una hermosa piña está apoyada contra la papaya. Toma varias guayabas, una de ellas está a punto. Entra a la cocina y cuando las parte, la fruta estalla cubriendo su camisa de pulpa y semillas. Emite un gruñido de frustración. La prueba y le sabe a mierda.

No bien empieza a desayunar, su estado de ánimo cambia, los minutos de silencio que el universo le está otorgando le parecen un premio a su trabajo, hasta que un ruido insoportable en la casa de junto hace que los muros de la suya retumben. Se asoma por la pequeña terraza desde donde ve a los trabajadores en la azotea de sus vecinos. Parece que están levantando restos de recubrimiento con una aspiradora inversa. La nube de polvo cae por todos lados. ¡Imbéciles! Lo que más

le molesta es que a través de la ventana, alcanza a ver que sus vecinos continúan imperturbables sus actividades. Aguanta horas y horas el escándalo. Al final de la tarde, los hombres se alejan en una camioneta. Desea nunca verlos jamás. El hombre feliz espera que con la calma que al fin existe, se esfume su malhumor. En eso, recuerda que debe barrer el polvo que los trabajadores seguramente dejaron caer en la azotea de su casa.



# VIOLENCIA DE MIÉRCOLES

DE VIRGINIA MEADE

---

La sombra se desliza amenazante hacia las habitaciones; Nadie está listo, ¡quién podría! Es demasiado temprano. Los habitantes de la casa tienen un pacto: se mantendrán callados, mirarán hacia otro lado, mientras el espectro recoge la ropa sucia que debería estar disponible, mete en una bolsa después de revisarla; en ocasiones escuchan algún suspiro, que interpretan como desilusión o enojo contenido.

Qué importa lo que la mañana le prometa, ella está determinada a cumplir con su misión semanal. En su lugar de trabajo, despliega el armamento de jabones, cepillos, tinas y pinzas. Es una actividad solitaria y, a pesar de su sencillez, las exigencias que ella se impone son muchas: desaparecer de la ropa las medallas de guerra, tenderla al sol, ahorrar agua y aprovechar milimétricamente cada lazo para que todo se seque.

La luz del mediodía desvanece la sombra, liberando la silueta de la mujer. Ha terminado. Dobra la bolsa vacía. Regresa con la sonrisa bien puesta.



# EL ÚNICO HEREDERO

DE BEATRIZ GONZÁLEZ

---

No estoy segura de que los hechos hayan sucedido así. Mi abuela me narró la historia y la cuento tal como la recuerdo. De esto, han pasado muchos años, más de los que tengo.

Don Archibaldo Villafuerte, un rico hacendado, era dueño de gran parte de las plantaciones de café del lugar, un ser oscuro y extraño, estuvo enfermo los últimos quince años de su vida. Su mal lo obligó a permanecer en la penumbra, no permitía que la luz del sol siquiera lo rozara. Desde su lecho daba instrucciones a sus capataces para que sus cafetales siguieran creciendo.

Amasó una inmensa fortuna. Su familia anhelaba, a diario, que muriera para poder heredar. Sus parientes eran pocos: tres sobrinos, dos hombres y una mujer. Además de un siervo fiel que le dedicó gran parte de su vida.

El día que murió, se encontró entre sus manos un sobre lacrado, iba dirigido al notario del lugar, un tal Licenciado Román.

Los deudos entregaron el sobre al destinatario; era un testamento ológrafo: escrito de puño y letra de Don Archibaldo. El notario reunió a la familia para informar sobre la lectura de la última voluntad del anciano. Había que cumplir con ciertos “caprichos”: se abriría en la presencia de los sobrinos y el criado, en luna llena empezando justo a las doce de la noche, en punto.

Les pareció una burla, pero estaban acostumbrados tanto a sus excentricidades como a doblegarse ante su férrea voluntad. Era la única alternativa para recibir lo que, después de haber aguantado tanto tiempo, ya les pertenecía.

Una noche de plenilunio, en marzo, justo en la época de la cosecha del café, se reunió toda la familia en la vieja hacienda de Don Archibaldo. En la penumbra, la luz de las velas llenaba el lugar creando una atmósfera fantasmagórica. Sentados en la inmensa biblioteca, esperaban. A lo lejos las campanas de la iglesia anunciaban que la hora había llegado.

Los futuros herederos se miraban unos a otros con desconfianza. Todos querían el dominio absoluto de los cafetales

y los bienes, ninguno, incluyendo al fiel criado, se conformaría con una parte. La voz profunda del notario se mimetizaba con el ambiente:

—‘Yo, Archibaldo Villafuerte, en pleno uso de mis facultades escribo mi legado para que se cumpla fielmente. Ésta es mi última voluntad y quiero que se respete. Yo sé que mis sobrinos José Manuel, Antonio y Arcadia, lo mismo que Eustaquio, mi criado, permanecieron a mi lado hasta el final, con la esperanza de ser el “elegido”. Todos y cada uno, han rogado por ello.

»Estarán escuchando estas palabras cuando yo haya partido y la última cosecha del café este lista, pero no habrá manera de cambiar mi deseo: nombro como heredero universal de todos mis bienes al único amigo verdadero que tuve en vida: El Diablo’.

El silencio se apoderó de los presentes. Se miraban incrédulos. A lo lejos, un relámpago iluminó la oscuridad de la noche. Como un aviso del más allá: el heredero agradecía el legado.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo del notario. Arcadia fue la primera en atreverse a romper el silencio. De su expresión completamente transformada por el odio, desapareció la dulce belleza que la caracterizaba para dar paso a una llena de ira y resentimiento.

Los hermanos comenzaron a pelear, mostrándose tal cual eran. Olvidaban la aparente dedicación y devoción hacia el tío. El único que no hablaba y que miraba a todos con una leve sonrisa, era Eustaquio, quien salió lentamente de la biblioteca, dejando tras de sí un murmullo.

El notario se despidió de los deudos que estaban furiosos contra el finado y contra ellos mismos. Sin hablar se retiraron a sus habitaciones. La mañana traería claridad para encontrar una solución.

A solas, buscaban la manera de quedarse con la fortuna del viejo y no estaban dispuestos a renunciar a un solo centavo, aunque para ello, fuera necesario deshacerse de los demás.

La mañana llegó acompañada de una pertinaz lluvia,

hacía frío. Los tres hermanos se reunieron en el comedor. Se miraban con recelo, y las pocas palabras que salían de su boca iban cargadas de odio.

Al no encontrar dispuesto el desayuno, su enojo creció y las voces subieron de volumen llamando al viejo Eustaquio. Lo único que había sobre la mesa era una humeante jarra de café que era testigo de la tragedia.

Después de unos cuantos minutos, se dirigieron al cuarto del criado. Lo encontraron muerto. La desconfianza los agobiaba. Eustaquio había muerto a manos de uno de ellos y siendo así, los otros dos correrían la misma suerte.

Era necesario llamar a la autoridad. Antonio se ofreció, iría a caballo y regresaría más tarde. La hacienda se encontraba retirada del pueblo. Los otros dos hermanos quedaron solos, sin hablar. Tenían miedo. José Manuel tomó una pistola, la cargó y se la guardó en el cinto. Arcadia, sola en la biblioteca, buscaba olvidar su miedo distrayéndose con un libro.

Antonio no regresaba. La muchacha abandonó la biblioteca y salió de la casa pues los nervios la traicionaban. Recordó que los caballos no habían comido. Se dirigió al establo, y ahí, en el centro del mismo, el cuerpo de Antonio colgaba de una viga. Los gritos atrajeron la atención de José Manuel, quien salió corriendo a encontrarse con su hermana.

Después de bajar el cuerpo lo llevaron dentro de la casa. La mujer, que no paraba de llorar, fue a su cuarto.

José Manuel montó uno de los caballos para ir a buscar ayuda. Jamás regresó. Días después lo encontraron entre los cafetales, parecía haberse golpeado contra una rama.

La ayuda llegó por la tarde, cuando en el pueblo alguien vio humo en la hacienda. Todo se quemó, incluyendo a Arcadia. Nunca supieron por qué la puerta estaba cerrada por fuera.

De la herencia nunca más se habló, hay cosas que es mejor no recordar. Pero, como decía mi abuela, en cuestión de herencias, el diablo nunca pierde.

# LA LUZ DEL LITERATO

DE TONY CANTERO

---

Sin mendigar pleitesías, ni expresarse a media tinta, quienes escriben se inspiran de las historias que cuentan, de las vistas que imaginan y de los restos de recuerdos, que en sus pensamientos habitan. De los sueños que al despertar conquistaron, de las listas de objetivos no dictados, de las sagas del camino vuelto trecho y del estrecho infinito en el cual hurgan por verbos. Y sin esperar las gracias, ni el clamor, ni al desencanto, toman sus plumas de rayos y entre las líneas y ángulos atan palabras al cuadro visualizado.

—Y luego leemos sus cantos, sus baladas, sus ensayos y las prosas que crearon...

La intimidad de una alcoba congelando, la malicia de la doña, el don semántico, la soledad de una rosa que podaron y las juergas de la estrofa a flor de labios, con la que cierran sus párrafos. Sin pensar al qué dirán, si es fea o bonita, si la filosofía que destilan da razón a la acción bíblica, ni si en las fases intrínsecas de sus entrañas sin lírica, hay poesía. Sin siquiera llorar si asesinaron, a un viejo héroe nostálgico, cansados de contar su itinerario. Y sin que en ciertos relatos, aventuren testimonios rebuscados.

—Sin que el amor y el pecado, terminen siendo contrarios, andando atados...

Y de sus plumas de rayos hacen brotar los retratos, del general secundario, de la puta más astuta del condado, de los corruptos, de sus santos y del pobre que un día dando, se volvió un rico consumado. De las guerras que los hombres han buscado, de las victorias de antaño y de los versos troyanos, que hicieron rey a un payaso y esclavos a los torpes que lo soportaron. Los de su propio bando, quienes reían sus cálculos, sin calcularlo, mientras el bando contrario fabricaba sus harapos, obediente, bien pagado.

—Y hasta a veces leemos, edulcorado, el Manifiesto del dulce, para corromper lo amargo; y las andanzas del Duque, con la

Condesa a caballo, para sentirse más altos...

Sin mendigar pleitesías, pues el Rey es un payaso que ni reina ha conquistado, mientras sonreían trotando, cuesta abajo, resfriando a refriados, como este invierno aun mayo que aún nos convierte en sus esclavos. Y a los que cuentan que amaron, que en un bulbo su vacilo han calentado, a ellos los recuentan vacilando, entre dos besos robados y un corazón hecho pedazos. Adjetivando al pasado al superlativo del cadalso y a la muerte un adjetivo dando exacto, sin menesteres horarios mal usados, colgando.

—Entre líneas que respiran buen cansancio, sin mendigar pleitesías...

—¡Aspirados por la luz del literato, concentrados, de un plumazo, por su encanto!



# UNA PATATA EN CAJA DE TOMATES

DE MARI CARMEN TUDELA FUSTÉ

---

Entré en el antro mañanero, como cada día, en busca de una buena dosis de café para empezar el día.

Al fondo de la barra un hombre llamo mi atención. No suelo fijarme en nadie y menos en un antro como aquel... Pero por primera vez mis ojos se quedaron enganchados en un físico. Su voz, su carita de pena fingida, argumentando una resaca imponente a las 8 de la mañana un día de diario... Y ese cuerpo... Impactante... Salí del local y me sorprendí pensando a mis 20 añitos que yo quería un pedazo de hombre como aquel en mi vida...

Entré en mi pequeño comercio, cogí la escoba, y sintiéndome la mujer más astuta del planeta, me dispuse a barrer hasta desgastar el suelo, mientras vigilaba con descaro la puerta del antro en la acera de enfrente.

Ni siquiera sabía que pretendía hacer. Sentía el corazón latiendo con fiereza en mi pecho. Por aquel entonces todavía era tímida y mi frágil ego era incapaz de encajar un rechazo. Y lo más importante, por aquel entonces aún era tímida, vergonzosa e insegura.

Hasta entonces siempre había jugado en ligas que podía controlar, pero no hacía falta ser Holmes para saber que aquel hombre estaba curtido en otras batallas y no era de los que se dejaban manipular con mi encanto infantil... Pero algo de mí quería a aquel *malote* en mi vida.

Continué barriendo y conforme pasaba el tiempo empecé a sentirme ridícula.

Finalmente salió del local. Arrugó el entrecejo al contacto del radiante sol de Mayo en su cara.

—¿Quieres un ibuprofeno? —dije ibuprofeno como podía haber dicho cicuta...

El Adonis me miró intentando averiguar si estaba hablando con él, mientras yo, por mi parte, intentaba saber de donde había sacado aquella osadía.

Enseguida bajé la vista avergonzada.

—Para la resaca, ya sabes... —susurré deseando que se me tragara la tierra para que no me derritiera su sonrisa divertida.

Él asintió con la cabeza. Y durante varios siglos se creó un silencio espeso que abrió un bucle temporal que me mantuvo paralizada. Incluso la escoba pareció atascarse, como si supiera que su labor allí era una estafa.

Él estiro la mano mientras cruzaba la calle, caminando... no... Levitando hasta mí, con los poderes de un Ángel caído.

—¿Me lo das?— su voz rompió los efectos del bucle temporal y me hizo aterrizar de una forma dolorosa en la tercera dimensión, arrastrándome desde los confines del universo.

Me giré de prisa, para no ver la incipiente carcajada del Ángel travieso, intentando parecer una persona coherente.

Busqué ansiosamente la pirula milagrosa mientras el Adonis esperaba ante el escaparate.

Finalmente salí.

—No tengo ninguno. Pero seguro que te iría bien para la resaca —Dije muy seria, con la dignidad de quien entiende mucho del tema—. Si vienes mañana seguro que tengo.

La carcajada hizo que me temblaran las piernas. Aunque reuní la entereza suficiente para volver a entrar a la tienda, atravesándola con un sucedáneo de dignidad y encerrándome en el almacén sin mirar atrás.

Necesité un minuto de reloj, unos sesenta segundos de los que tienen un Mississippi en medio para poderlos contar.

Al Mississippi sesenta estaba sentada en un taburete viejo, riéndome a carcajadas que rozaban la histeria sin poder creer lo que había hecho.

Como dijo alguien...La vida crea sueños y los sueños la hacen vida.

Y volvió.

No al día siguiente, ni al otro. Tres días después, a última hora de la tarde, cuando yo cerraba la persiana y me quedaba dentro de la pequeña oficina que tenía anexada al local, para dedicarme sin interrupciones a hacer la facturación y la contabilidad de otro negocio que no era el mío.

La oficina tenía una puerta independiente que daba a la calle.

En los días de calor dejaba la puerta abierta mientras me enfrascaba durante unas horas en el apasionante mundo de los números.

—Me debes un ibuprofeno.

La voz con acento francés me sobresaltó de tal forma que parte del fajo de papelajos que invadían la mesa fueron a parar al suelo.

No soy capaz de imaginar mi expresión cuando conseguí entender todo lo que implicaban aquellas sencillas palabras.

Había vuelto... Y esta vez por propia voluntad.

Cuando conseguí respirar con normalidad después de un: Joder, que susto me has dado... Empecé a reír rebuscando por mí bolso.

—Lo prometido es deuda— dije extendiendo la mano hacia él— ¿Aun te dura la resaca?

—Está es nueva. —rió cogiendo mi ofrenda—¿Te queda mucho?

—Un rato. —contesté sin poder dejar de mirarlo.

—Vale. Te espero. —dijo con naturalidad sentándose enfrente.

Fui incapaz de reaccionar. Durante una eternidad solo existían aquellos ojos claros que sonreían con vida propia.

Finalmente bajé la mirada intentando aparentar normalidad. Fue entonces cuando me di cuenta de que la mitad de las facturas estaban en el suelo.

Volví a mirarlo tragando saliva con dificultad. Dios, que ojos, pensé.

—Es que si me estás mirando me pones nerviosa. —dije.

—Entiendo— respondió cogiendo un catálogo de lencería de la mesa y empezando a ojearlo.

— ¿Tienes todo esto ahí dentro?— preguntó refiriéndose a mi tiendecita.

—Vale. —claudiqué—. Por hoy he acabado. ¿Qué quieres hacer? Si me puedes esperar unos minutos dejo la moto y

vuelvo a buscarte con el coche.

Por un momento intenté imaginar aquel metro noventa y pico sentado de paquete en mi pequeña moto.

—No, no. Gracias. He visto como aparcas. Mejor vamos por aquí cerca andando—, se apresuró a responder.

Yo lo mire con indignación, sin entender el verdadero alcance de sus palabras... ¿Cuándo, cómo, dónde? ¿Era posible que aquella persona que tanto me había impactado hubiera reparado en mi antes que yo en ella?

Mi cara debió ser todo un poema, porque con una de aquellas carcajadas que hacen que los ruseñores sean meros grajos, se dignó a darme una explicación.

—Cada mañana aparcas tu moto en el mismo sitio, entras en el bar con cara de pocos amigos. Y hasta que no has tomado dos sorbos de café no empiezas a ser persona. Siempre llevas unas botas enormes, aunque haga calor y cuando cierras la tienda por las tardes, te quedas unas horas sentada en esta mesa revolviendo papeles con un mechón sobre la frente que te tiene amargada.

Aquella parrafada salió así, con la naturalidad con que una ola arremete contra el espigón, impávida. Creo que en aquel momento entendí lo que sienten los peces cuando buscan aire fuera del agua. Mi Ángel caído río de nuevo, al ver mi cara de asombro.

—Eres como una patata dentro de una caja llena de tomates.—Añadió quedándose más a gusto que un arbusto.

Tarragona, España

# CONSEJO EDITORIAL

## **Editora General**

Cecilia Durán Mena  
Cecilia@porescrito.org

## **Coordinación y enlace**

Andrea Reyes  
andreareyes@porescrito.org

## **Diseño Editorial**

Oh la lab! Laboratorio Creativo S.A. de C.V.

## **Fotografía de portada**

Cecilia Durán Mena

## **Digital**

www.porescrito.org

## **Ventas y Suscripciones**

ventas@porescrito.org

## **Contacto**

contacto@porescrito.org  
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma.

## **Pretextos literarios por escrito**



es una revista bimestral. Número Ocho. Editora responsable Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la Publicación: Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Impresor: Imprecen SA de CV, carretera Guanajuato-Juventino Rosas, Km 12, Col. La Carbonera Guanajuato, Guanajuato.

Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.  
Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.